

Daña a Personas o Intereses, Pero no al País

¿Límite a la Libertad de Crítica?

- ★ Válido, Expresar Discrepancias en el Extranjero
- ★ Hoy la Ropa Sucia ya no se Puede Lavar en Casa
- ★ Acallando Impugnaciones no Mejorarán su Imagen

LORENZO MEYER

Parto de afirmaciones que considero evidentes: en un sistema democrático, la libertad irrestricta de ejercer la crítica política —dentro o fuera de nuestras fronteras, racional o no—, puede dañar a intereses, personas o grupos, pero no al país en su conjunto. Si la crítica carece de argumentos sustantivos o es puro adjetivo, terminará por dañar sólo a quien la emite, desacreditándolo, y no al objeto de la crítica, que por contraste saldrá fortalecido. Si, en cambio, la crítica es justa, entonces afectará sólo a lo criticado, pero no al país, cuya vida democrática se fortalecerá en cualesquiera de los dos casos. En fin, a lo que debe temer un sistema político que se pretende moderno no es a la crítica, sino a su ausencia.

Todo lo anterior viene a cuento por las serias implicaciones de un pasaje del mensaje que el Presidente Carlos Salinas dirigió a sus correligionarios priistas el lunes 3 de septiembre. Entre otras cosas, el Presidente afirmó entonces: "Basta ya de evitar el debate, respetuoso, pero firme, con aquellos de la oposición que

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

¿LÍMITE

Sigue de la primera plana

denigran al partido dentro del país y no tienen pudor político en criticar en el extranjero al PRI y al gobierno sólo con adjetivos y sin argumentos sin importar el daño que esta actividad pueda causar al país". Y continuó: "Su oposición irracional los está convirtiendo objetivamente en aliados de los que pretenden conculcar la soberanía nacional".

Confiado en que el debate al que se invitó sea efectivamente respetuoso, es indispensable confrontar la afirmación presidencial.

★

Empecemos por el final. El presidente señaló que los críticos a los que él se refirió son aliados objetivos de quienes pretenden conculcar la soberanía nacional. La denuncia es muy grave, pero no tanto por lo que se refiere a los críticos —éstos, a fin de cuentas, no son más que actores marginales del drama—, sino por la afirmación de que aquí y ahora hay una fuerza externa que pretende conculcar, o sea hollar, pisar, la soberanía mexicana, lo que significa afectar la base misma de nuestra autonomía e independencia.

Una fuerza externa capaz de poner en peligro la soberanía mexicana no puede ser otra que aquella que proviene de una gran potencia o de intereses transnacionales con grandes recursos. Hasta hace poco, en América Latina sólo actuaban dos grandes potencias: Estados Unidos y, marginalmente, la URSS, pero con el fin de la guerra fría y la gran crisis interna que sufre la Unión Soviética, hoy sólo queda una: Estados Unidos. ¿Es acaso el gobierno estadounidense el

objeto de la preocupación presidencial? Aparentemente no, pues de ser ese el caso no tendría sentido ni justificación el enorme esfuerzo del salinismo por integrar a la economía mexicana con la norteamericana mediante la destrucción de las barreras económicas que nos separaban.

Si quien busca hollar nuestra soberanía no es un país sino una fuerza transnacional de gran envergadura, entonces ¿cuál? Se podría pensar en el gran capital financiero, pero es un hecho que nuestro gobierno se ha empeñado en mostrar que la relación entre él y sus acreedores es hoy armoniosa al punto que permitió disminuir nuestra gran deuda externa en proporciones históricas, según se dijo precisamente en un discurso presidencial. ¿Podría tratarse, entonces, del gran capital concentrado en las empresas multinacionales? La política oficial no permite esa suposición, ya que su objetivo explícito es precisamente abrirle aún más las puertas del país para que use nuestra abundante mano de obra y su tecnología y nos convierta en gran exportador al estilo Taiwán.

Si realmente el peligro para nuestra soberanía es tan grande e inminente como sugirió el Presidente el día 3, entonces, tiene la obligación de ser más explícito; decirnos de inmediato y sin ambigüedades cuál es la naturaleza de la urgencia a la que nos enfrentamos, pues sólo en casos excepcionales el jefe de gobierno de un país supuestamente democrático tiene derecho a sugerir límites a la crítica, si no, no.

★

Pasemos ahora a otro

A LA LIBERTAD DE CRITICA?

punto: según el discurso en cuestión, lo malo para el país —para su seguridad— no es tanto criticar al PRI y al gobierno per se, sino hacerlo sin fundamento y en el exterior. Para empezar, debe quedar claro que no es adecuado pretender que la crítica al PRI y al gobierno, aún sumándolos, equivale a dañar al país. No, si la crítica es infundada entonces resulta inocua por irrelevante; en caso de ser cierta, entonces únicamente podría afectar al PRI y al gobierno, pero ellos no son el país. Nuestra nación es mucho, pero mucho más que el gobierno y su partido. Sólo en circunstancias muy especiales —como sería, quizá, una guerra— criticar al partido del Estado y al gobierno podría causar algún daño al país en su conjunto, pero eso no es hoy el caso ni mucho menos.

Ahora vamos al punto de la validez de expresar críticas en el exterior. Los valores democráticos son, o pretenden ser, universales. El autoritarismo mexicano se sostiene hoy día porque, en buena medida, los grandes poderes externos le apoyan. Mientras en 1988 Estados Unidos forzaba elecciones transparentes en Nicaragua, el gobierno norteamericano fue de los primeros en felicitar al candidato del PRI por una vic-

toria electoral que fue todo, menos transparente. El embajador Philliod declaró abiertamente entonces que México era una democracia auténtica, real. Si los sandinistas hubieran aducido una "caída del sistema de cómputo" para posponer el momento de anunciar sus resultados electorales, y si después se hubieran negado a abrir los paquetes electorales como ocurrió en México, el mundo entero se les hubiera echado encima. En México ocurrió exactamente lo contrario: en un raro consenso, los representantes del mundo externo vinieron a nuestro país en diciembre de 1988 a dar su apoyo al debilitado autoritarismo mexicano.

La democracia, insisto, es un valor universal, y a todos nos compete defenderla en cualquier parte. Hace unas semanas por ejemplo, la revista Vuelta organizó un encuentro en nuestro suelo para criticar severamente a las dictaduras que hasta hace poco estaban en el poder del otro lado del Atlántico. A nadie se le ocurrió que por estar fuera de su país, los invitados soviéticos o cubanos al encuentro no tenían derecho a emitir crítica alguna sobre el sistema antidemocrático que aún impera en sus naciones. Los críticos estaban en su de-

recho de censurar las terribles fallas del "socialismo real". Es más, el propio Presidente Salinas recibió con mucho gusto a algunos de esos extranjeros en cuya reunión se atacó con dureza al gobierno cubano, gobierno de un país vecino y con el cual México mantiene relaciones diplomáticas. ¿Por qué es entonces válido y legítimo a ojos del gobierno mexicano que los críticos soviéticos o cubanos fustiguen aquí al autoritarismo de sus países, pero esa misma actitud resulta condenable cuando se trata de mexicanos en otras latitudes?

Finalmente, es ilógico atacar al crítico sólo porque hace su análisis de las fallas de nuestra democracia no sólo aquí sino también en el extranjero. Hoy, con la comunicación instantánea, los periódicos, la televisión, los satélites, el teléfono o el fax, resulta que los corresponsales, los académicos o los diplomáticos extranjeros, pueden recoger las impugnaciones expresadas internamente y transmitir las instantáneamente al exterior. Aunque se quiera, hoy la ropa sucia no se puede lavar en casa; esa casa chica y aislada de antaño ya no existe. Para propósitos de información, el globo es una sola casa y todos ven la

ropa de todos. Si lo que realmente se desea es que el mundo externo sólo se entere de las cosas buenas que ocurren en México, entonces sería necesario que el gobierno procediera a acallar a toda la crítica, pues ésta, u a vez hecha, se puede filtrar hacia afuera. Además, sería necesario también expulsar a académicos y periodistas extranjeros y limitar los contactos y el movimiento de los diplomáticos extranjeros, para no tener testigos de nuestros lados oscuros. En una palabra, sería necesario volver a México una nueva Albania, lo que es absurdo e imposible.

Respetuosamente, propongo a las autoridades que si desean tener una buena imagen en el extranjero, dejen de preocuparse de los críticos y pongan la energía en áreas más importantes. En efecto, además de seguir pagando hasta el último centavo de nuestra deuda pública, de acomodarse lo mejor posible al neoliberalismo dominante en los grandes centros de poder, y de ligar a la economía mexicana a la norteamericana, nuestros gobernantes también deberían llevar a cabo elecciones que ya no le permitan al New York Times documentar, por ejemplo, la

forma en que los votos a favor del PRI en 1988 se multiplicaron milagrosamente mientras las urnas viajaban de un pueblo de Tlaxcala a la cabecera del distrito electoral. Igualmente, deberían procurar contar con una fuerza pública —policía y ejército— que no diera a Americas Watch o a instituciones similares, la posibilidad de documentar las terribles violaciones a los derechos

humanos que tienen lugar en México, etcétera.

En fin, no es acallando las impugnaciones como se va a mejorar la imagen en el exterior de nuestro gobierno y su partido, sino acabando con las razones de esas impugnaciones: el autoritarismo, la corrupción, la violación de los derechos humanos, la injusticia social. En una palabra, el arcaísmo de nuestro sistema.